

GÓTICO TROPICAL: ORÍGENES Y SECUELAS

Por: Sandro Romero Rey

El sol de medianoche

Cuenta la leyenda que, en una noche de buenas copas, el director de cine español Luis Buñuel y el escritor colombiano Álvaro Mutis se batieron en un duelo verbal, acerca de la posibilidad o no de escribir (o filmar) historias de horror que no fueran en invierno. Para Buñuel, eran necesarias las brumas, el frío, los fantasmas de montañas heladas. Para Mutis, por el contrario, el miedo se instalaba en todas partes y el mal formaba parte de la condición humana. Así que, para el creador de *Maqroll el Gaviero*, era posible concebir historias fantásticas en la mitad del calor, en territorios sin estaciones, donde la canícula podría dejar en evidencia a los protagonistas del pánico. Para demostrar su idea, Mutis (que, en un principio, antes de su célebre saga novelística, era un renombrado poeta) escribió un breve relato que bautizó *La mansión de Araucaíma* y publicó en 1973. El subtítulo de su texto fue, a la postre, más que revelador: “relato gótico de tierra caliente”. Allí estaban las claves de lo que luego serviría de génesis para una idea que ha identificado una parte de las creaciones artísticas de América Latina: la idea del llamado “gótico tropical”.

La literatura gótica se remonta al siglo XVIII (algunos críticos la delimitan entre 1770 y 1820). En el libro *Selva de fantasmas. El gótico en la literatura y el cine latinoamericanos* de Gabriel Eljaiek-Rodríguez (Universidad Javeriana, 2017) se lo define como “un movimiento que se extiende más allá del género delimitado históricamente”. No hay que confundir la literatura gótica con el período gótico medieval, de cuyas fuentes bebieron los autores de aquella literatura poblada por espectros y siniestras figuras. Todos parecen coincidir en que el primer libro propio de la literatura gótica sea *El castillo de Otranto* (*The Castle of Otranto*, 1764) ya que su autor la denomina “A Gothic Story”. Si nos atenemos a que son historias en las cuales predominan los paisajes oscuros, los castillos en ruinas, las sombras del pasado y la presencia de lo ominoso, de lo siniestro, se podrían encontrar sus raíces remotas en la tragedia griega o incluso en ciertos episodios bíblicos. La anécdota de los escritores encerrados en Ginebra, en 1816, obligados a escribir historias de terror (de donde salió, entre otras, la novela *Frankenstein* de Mary Shelley) ayudan a consolidar una leyenda en la que se mezcla la ficción con la realidad. En Colombia, una novela da cuenta del acontecimiento: *El año del verano que nunca llegó* (2015) de William Ospina.

Con el tiempo e instalándose en el siglo XIX, autores como Bram Stoker (*Drácula*), Edgar Allan Poe (con su compilación de relatos conocida, en algunos medios, como *Narraciones extraordinarias*) o, por extensión, la siniestra saga de los mitos del Cthulhu, según Howard Phillips Lovecraft, consolidaron las raíces del miedo en una intensa colección de historias concebidas para crear en el lector los fragores del miedo. Con el nacimiento del cine, en 1895, las historias de terror tuvieron su génesis en el llamado “Expresionismo Alemán” de donde surgieron películas emblemáticas (*El gabinete del doctor Caligari*, *Nosferatu*, *La*

muerte cansada...) le dieron rostros y configuraron una estética para darle paso a la galería de monstruos clásicos de la pantalla. Hoy por hoy, la literatura y el cine de terror constituyen un solo espacio donde “lo gótico” (que se ha hecho extensivo, incluso, al mundo del rock) sirve para definir un espacio, un espíritu y una actitud.

Caliwood

Finalizando la década del sesenta del siglo XX, en la ciudad de Cali (Colombia), un jovencito precoz comenzó a leer y luego a escribir sus propias historias “de miedo”. Andrés Caicedo Estela combinó la escritura de ficción con reflexiones sobre el cine y la literatura fantástica, hasta consolidar una obra poblada de figuras descompuestas, en las que trasladó el espíritu de Poe o Lovecraft a sus barrios y calles de la adolescencia. Sus relatos (*Destinitos fatales*) o su novela póstuma (*Noche sin fortuna*) son, a su manera y sin proponérselo, “relatos góticos”. Al mismo tiempo, en una loca aventura cinéfila, Caicedo escribió dos guiones de largometraje (*La estirpe sin nombre* y *La sombra sobre Innsmouth*) que quiso vender en Hollywood al productor y director de películas de serie B, Roger Corman, quien se había encargado de realizar sendas adaptaciones de los relatos de Allan Poe. Caicedo se suicidó en 1977. Entre sus papeles póstumos se encontraron cientos de escritos. Muchos de ellos, eran borradores de historias para el cine, donde su autor coqueteaba con el vampirismo (un magnate azucarero que necesitaba sangre de sus obreros para vivir; un par de jóvenes incestuosos en el entorno de la explosión de Cali de 1956...) y, de nuevo sin proponérselo (pero quizás anhelándolo) serviría de punta de lanza para que sus compañeros de generación (Luis Ospina, Carlos Mayolo, Oscar Campo) realizasen sendas películas inspiradas en su gesta de la fatalidad.

Luis Ospina comenzaría la lista de largometrajes de “los vampiros caleños”: primero, con su opera prima titulada *Pura sangre* (1982), basada en la leyenda del llamado “Monstruo de los mangones” que azotó las calles de su ciudad en la década del sesenta. Luego, su compañero y cómplice Carlos Mayolo, realizaría las dos películas emblemáticas del género en Colombia: *Carne de tu carne* (1984) y *La mansión de Araucaíma* (1986). El círculo se cierra: el “relato gótico de tierra caliente” de Mutis serviría como punto de partida para la realización de la película que consolidaría un género, una actitud y un estilo del llamado *Caliwood* que, según la cronología establecida por Ospina en su documental *Todo comenzó por el fin* (2015) enmarcaría una época que cubre 20 años de la cultura cinematográfica de su ciudad, entre 1971 y 1991.

El rastro de la sangre ha continuado en Cali. Está presente en el cortometraje *Valeria* (1986) de Oscar Campo y, de cierta manera, en su largometraje *Yo soy otro* (2008) De la misma manera, Jorge Navas se ha unido a la fascinación gótica en su largometraje experimental *Calicalabozo* (1996) en su corto *Alguien mató algo* (1999) y, para consolidar su búsqueda, en su documental *Balada para niños muertos* (2020), donde cuenta la historia de los guiones de Caicedo, apoyándose en el título original que el escritor tenía para su libro *Angelitos empantanados o historias para jovencitos* (1977). Tras la muerte de Caicedo, Mayolo y

Ospina, el término “gótico tropical” se ha generalizado y se ha convertido en una actitud creadora. Como los vampiros nunca mueren, cada cierto tiempo el género vuelve de su tumba y se encarga de confundir el amor con la muerte, en un solo impulso de fascinación y de desastre.